

Separados y juntos: Aceptando nuestra vulnerabilidad para consumir menos

*Escrito por Miki Kashtan.
2020. The Fearless Heart*

Traducido por Rosa Rovira y revisado por Helen Adamson

Este es el sexto artículo de una serie que he llamado "[Separados y juntos](#)" para capturar la realidad paradójica de la pandemia de la que somos parte: se nos pide que estemos separados unos de otros, físicamente, en lo más elemental, incluso cuando el destino de nuestra especie está más que nunca entrelazado entre todos nosotros. En su libro *Sapiens*, Yuval Harari incluyó una discusión sobre cómo antes solíamos vivir en muchos "mundos" separados y cómo, ahora, vivimos en uno solo: cada uno de nosotros afecta a todos y recibe el efecto de todos. Este hecho, conocido por las tradiciones espirituales de todo el mundo desde hace mucho tiempo, es ahora una realidad material.

Comencé esta serie a mediados de abril. Cada vez que me siento a escribir uno de ellos, estamos en un momento diferente en la trayectoria de la vida. Esta vez se me recuerda, como si alguna vez lo hubiera olvidado, que el calentamiento global continúa, junto con las apocalípticas condiciones climáticas. Ahora es verano en los EE. UU., temporada de tornados, huracanes e incendios. Las imágenes son abrumadoras. Las historias de las personas y comunidades afectadas son difíciles. 2020 está programado para ser el año más caluroso o el segundo más caluroso registrado, y los récords se superan con más frecuencia que nunca.

Encajando las piezas, reflexiono, nuevamente, sobre la pregunta básica que aborda esta serie: ¿qué oportunidades nos brinda esta pandemia, con todos sus horrores, para mirar, comprender y aprender a transformar patrones sociales profundos que, en sí mismos, preceden a la pandemia? Para este artículo, he optado por analizar la forma en que la pandemia ha alterado los patrones de consumo. Aquí radica la oportunidad. Un elevado consumo es absolutamente esencial para "la recuperación económica" y esta lógica de crecimiento económico es la causa más directa de la degradación ambiental, incluido el calentamiento global. La oportunidad, por lo tanto, es ver que una reducción significativa en el consumo es totalmente posible y, desde ahí, indagar profundamente sobre qué significa todo este consumo y qué es lo que debemos tener en cuenta, si todavía hay alguna posibilidad de hacer cambios drásticos. Imagino que no sorprenderá que lo que encuentro al indagar ahí son temas centrales de la mentalidad patriarcal y, en particular, el miedo a la vulnerabilidad y especialmente a la muerte.

Coronavirus y consumo [1]

Con largos períodos de confinamiento en gran parte del mundo, el consumo se redujo significativamente, al menos durante un período. En abril, hubo una caída del 30-50% en el gasto de los consumidores, principalmente en las categorías consideradas "discrecionales", con una mayor concentración en "lo esencial". Es importante darse cuenta de que este es el gasto del consumidor, no el consumo total, que solo cayó un 4.2%, lo que nos muestra cuánto del consumo no está necesariamente impulsado por el comportamiento individual. Se espera que la demanda mundial de energía disminuya un 6% en 2020, con una reducción de las emisiones de CO2 del 8%,

aunque se espera un repunte cuando se reanuden los viajes. Se espera que el consumo de carne sea este año el más bajo desde el 2000, quizá dando lugar a cambios a más largo plazo.

Existen multitud de factores que es imposible predecir, así que nada de lo que la gente dice que pretende hacer es un indicador suficiente de lo que realmente harán, especialmente mientras las condiciones continúen cambiando. Está ocurriendo o bien se está hablando de una segunda ola de infecciones, el desempleo sigue siendo alto (más del 10% en los EE. UU., más del 8% a nivel mundial) y la gente está cada vez más inquieta en nuestro impuesto aislamiento social.

Lo que me preocupa, en relación con mi enfoque para este artículo, es la forma en que se enmarcan las cosas y lo que infiero de eso en lo que respecta a la probabilidad de que se produzcan los cambios vitalmente necesarios en nuestra actividad económica general. Por ejemplo, cuando un artículo de Bloomberg habla de la demanda global de petróleo como "eliminada" o "destruida", se infiere que algo negativo está sucediendo cuando, si se mira la misma información desde un ángulo diferente, esto sería algo para celebrar con cautela. De manera similar, un [informe](#) sobre la caída del 9,6% en las ventas minoristas también habla de ello en términos totalmente negativos, como cuando dice que "se tardará 4 años en recuperar", y esa recuperación parece un evento claramente positivo. Si la mentalidad subyacente y las instituciones que la apoyan no cambian, la inercia seguirá siendo "volver a la normalidad", la misma normalidad que nos ha estado destruyendo y que es claramente, en sí misma, parte de lo que ha provocado esta pandemia. (Exploré esto con cierto detalle en el segundo artículo de esta serie, ["Enraizarse a la interconexión y solidaridad"](#)).

Lo que está sucediendo, por sí solo, no puede impulsar el cambio mientras el marco general permanezca igual. A menos que los cambios pasen de ser impuestos a ser elegidos, los impactos de la reducción del consumo serán temporales, tanto en términos de tendencias globales como son las emisiones de CO2 como en términos de comportamiento humano colectivo. La pandemia y la respuesta a ella no son por sí solas impulsoras del cambio social; son solo una apertura a la información sobre lo que es posible y lo que podríamos hacer de manera diferente como especie en relación con nosotros mismos, entre nosotros y con la vida.

Algunos de los cambios en los patrones de consumo apuntan a una menor dependencia del mercado. Más personas en los EE. UU. comenzaron a comer comidas caseras, incluso por primera vez. En Turquía, las ventas de pan disminuyeron, mientras que las de levadura aumentaron, lo que indica claramente un aumento en la panificación casera. En un mundo en el que nos centrásemos en las necesidades, esto se celebraría. En un mundo en el que nos centramos en el crecimiento económico y las ganancias, es alarmante. Este es un punto de opción persistente en lo que está por venir: las necesidades, y con ellas la vida, o la economía, y con ella la probable extinción. Antes de abordar la cuestión de frente, me parece adecuada una introducción básica a algunos conceptos económicos clave y luego cuestionarlos.

Crecimiento económico y bienestar humano

Uno de los principios básicos de la teoría económica es que el crecimiento de la economía, lo que se conoce como PIB (Producto Interior Bruto), aumenta el bienestar humano.

Esta parece ser una de esas cosas que "todo el mundo" sabe. Mucha menos gente sabe y comprende lo problemático de esta medida. Y me parece que lo que se conoce como la "Hipótesis del Umbral", que relaciona el PIB y el bienestar, es casi desconocida fuera de los pequeños círculos de economistas especializados y de aquellos que, como yo, nos topamos con este descubrimiento casi por azar. Ahora quiero abordar cada uno de ellos y ampliarlo lo suficiente para poner en claro su significado.

El PIB mide el valor de todos los bienes y servicios producidos y vendidos en un país, junto con todas sus exportaciones a otros países. Es el principal indicador que se utiliza cuando se hace referencia al crecimiento económico: los economistas y los responsables de la formulación de políticas generalmente están contentos cuando la economía crece y se preocupan cuando no lo hace. Es por eso que después del 11 de septiembre de 2001, George Bush le dijo a una población atónita que comprara. Es por eso que el tema del consumo es de vital importancia en este momento, cuando la economía se ha detenido parcialmente y cuando todavía queda la duda de si reactivarla y cómo hacerlo.

Supe del problema inherente a cómo se mide el PIB en 1995, cuando me encontré con el trabajo de Marilyn Waring, quien fue miembro del Parlamento de Nueva Zelanda a la edad de 23 años. Ella era la presidenta del Comité de Gasto Público y, como muestra la película sobre ella, *Who's Counting*, comenzó una larga indagación para comprender por qué las economías nacionales se medían de la manera en que lo hacían, es decir, utilizando el PIB (en ese momento una versión un poco diferente, el PNB). Descubrió que, al contrario de lo que cualquiera de nosotros mide en nuestros asuntos económicos personales, al medir las economías nacionales, todo lo que cuesta dinero se suma, nunca se resta nada y todo lo que no cuesta dinero se ignora. El resultado es que un derrame de petróleo, por desastroso que sea, aumenta el PIB a través del dinero del seguro y del trabajo de limpieza. No se contabiliza la pérdida por degradación ambiental, por impacto en las comunidades. Al mismo tiempo, las actividades más beneficiosas que contribuyen directamente al bienestar no se miden en absoluto.

Cuanto más conocía de su trabajo, más me preocupaba el uso del PIB para medir el bienestar: ¿cómo puede utilizarse para medir el bienestar una medida que ignora lo que hacemos directamente en favor del bienestar y en la que gran parte de lo que hacemos y que degrada el bienestar se agrega positivamente?

No fue hasta hace pocos años que descubrí que, aparte de su naturaleza problemática, el PIB sólo se correlaciona con el bienestar por un tiempo y luego esa correlación se detiene. Este es uno de los descubrimientos de Manfred Max-Neef, reportado de forma muy suave en 1995, de esta manera simple: "para cada sociedad parece haber un período en el que el crecimiento económico (medido convencionalmente) produce una mejora en la calidad de vida, pero solo hasta un punto, el umbral, más allá del cual, si hay más crecimiento económico, la calidad de vida puede comenzar a deteriorarse". [2]

Esta simple frase desafía la premisa fundamental sobre la que se sustenta todo lo que nos dicen todos los economistas y políticos. Se nos ha dicho que debemos mantener el crecimiento económico indefinidamente para cuidar de todo lo que nos importa. Y esto parece, claramente, no estar respaldado por datos. El artículo que cito arriba compara el PIB con una medida utilizada para el bienestar humano llamada "Índice de bienestar económico sostenible" (ISEW) para los EE. UU. y varios países europeos, y

muestra que para todos ellos el PIB continuó creciendo mientras el ISEW comenzó a caer. [3]

Cuando descubrí esto, inmediatamente comencé a buscar otros artículos de él y sobre esta hipótesis. Encontré uno de cada uno. Uno del propio Max-Neef, en 2010, condensa en unas pocas páginas información profunda y sencilla sobre la inherente inestabilidad y peligrosidad del sistema en el que vivimos actualmente. [4] Para los propósitos de este artículo, cito un párrafo:

“Las soluciones implican nuevos modelos que, sobre todo, comienzan a aceptar los límites de la capacidad de carga de la Tierra. Pasar de la eficiencia a la suficiencia y el bienestar. También es necesaria la solución de los actuales desequilibrios e inequidades económicos. Sin equidad, las soluciones pacíficas no son posibles. Necesitamos reemplazar los valores dominantes de codicia, competencia y acumulación, por los de solidaridad, cooperación y compasión”.
(pág.201)

Mi intención es volver más tarde tanto a la cuestión de aceptar los límites como a la profundidad de los cambios necesarios a nivel de valores y lo que podemos hacer con respecto a esos cambios, partiendo de dónde estamos. De momento, el elemento más significativo en el que centrarse es esta cruda realidad: en respuesta a la pandemia, se produjo un confinamiento importante. Como resultado, el consumo se ralentizó considerablemente. También sucedieron muchas otras cosas que tuvieron como resultado un sufrimiento inmenso, ya que muchas personas perdieron sus ingresos, el desempleo se disparó, industrias enteras colapsaron y los trabajadores que las hacen funcionar ahora no tienen ingresos. Aún así, dentro de eso: una gran cantidad de nosotros descubrimos que podemos vivir bien con un consumo reducido. Esto está siendo cuestionado por economistas y políticos que ven nuestra capacidad para vivir con menos como un *problema* y no como parte de la solución. Se está pensando mucho en cómo aumentar el consumo de nuevo lo antes posible para relanzar del todo la economía, en lugar de en cómo construir sobre esta recién descubierta capacidad de adaptación y libertad frente al mercado.

Y, profundizando un poco más: se nos dice que reactivar “la economía” está ligado a nuestro bienestar colectivo. Y hay muchas razones para creer que no es así; que nuestro bienestar ya no está ligado al crecimiento económico en muchas partes del mundo. Este es el significado más profundo de la hipótesis del umbral: que el crecimiento económico solo sirve al bienestar hasta cierto punto: “la superación de la pobreza debe ser resultado de políticas específicas dirigidas al propósito, ya que el crecimiento por sí solo ya no puede conseguirlo. Podemos identificar el período anterior al umbral como una economía cuantitativa y el posterior al umbral como una economía cualitativa”. (Max-Neef, “Collision Course”, p. 208) Esto, que antes sólo se conocía dentro de los círculos mayormente académicos, en su mayoría fuera de la corriente principal, ahora puede ser conocido por todos, si hacemos lo suficiente.

Esto, que echa por tierra todo lo que nos han dicho, y que expone la profundidad de la crisis a la que nos enfrentamos mientras nos muestra otro camino, no es la única implicación perturbadora y liberadora de la hipótesis del umbral. Un segundo conjunto de consecuencias se analiza en otro artículo que encontré, que aplicó la hipótesis del umbral a países de la región de Asia-Pacífico. Está escrito por dos economistas de Australia: Philip Lawn y Matthew Clarke, y se llama bastante dolorosamente: “¿El fin del crecimiento económico? Una hipótesis de contracción del umbral ” [5]. Utilizando los mismos métodos que encontraron que Estados Unidos y varios países cruzaron ese umbral en las décadas de 1970 y 1980, los autores utilizan una medida llamada

"Indicador de progreso genuino" y encuentran, trágicamente, que "el punto de umbral que enfrentan los que han iniciado tarde el crecimiento (es decir, los países en desarrollo) se produce a un nivel mucho más bajo de bienestar sostenible que el que disfrutaban actualmente las naciones ricas".

Quiero desglosar esto de manera más completa para que, las personas reales que viven en el mundo, puedan comprender las implicaciones prácticas de este pronunciamiento técnico. Esto requiere desafiar el mito sobre el que se basa el término "nación en desarrollo", que se compone de varias partes: 1) que todo el mundo querría emular la vida disponible para la persona promedio de clase media en el norte global; 2) que cualquier nación que quiera puede hacerlo, y todo lo que se necesita es voluntad e ingenio; 3) que las llamadas naciones desarrolladas existentes están animando y preparadas para apoyar que esto suceda; y 4) que en la medida en que el "desarrollo" no se da, se debe a deficiencias inherentes al funcionamiento de las llamadas naciones en desarrollo.

La realidad, como yo la entiendo, es que cada una de las partes de este mito se desintegra bajo el más mínimo examen. En todas partes del mundo, hasta donde tengo entendido, ha habido una intensa resistencia a la demanda de abandonar las formas de vida de subsistencia, basadas en los bienes comunes y pasar al trabajo asalariado y la dependencia de productos y servicios basados en el mercado. Esto fue tan cierto en la Europa del siglo XVI o bajo la colonización, como actual en América Latina, África y las partes de Asia donde la destrucción de los bienes comunes no es todavía completa. En todas partes del mundo, el ingenio y la voluntad se han invertido en el objetivo de crear autosuficiencia local, y también a nivel nacional, para ser destruida por las políticas del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional. En todos estos países, las políticas que emergen de la globalización han aumentado, en lugar de disminuir, la desigualdad (aunque algunas formas de empobrecimiento extremo han disminuido) mediante la imposición de medidas de austeridad al tiempo que se intentaba "comprar" la lealtad de la clase adinerada local. Y, en muchos lugares donde las poblaciones locales optaron por tomar un camino diferente, provocaron la ira de los Estados Unidos y han sido atacadas, económicamente y/o mediante golpes de estado respaldados por la CIA, y/o militarmente. Esto lo he sabido, poco a poco, dolorosamente, a lo largo de los años de ir desmontando mi propia aceptación previa del mito y del pensamiento de que Estados Unidos es el bastión de la democracia y se involucra en cualquier lugar en apoyo de ésta.

Lo que este artículo ha agregado es una forma más con la cual, lo que prefiero llamar los países explotadores - los que organizan las economías de otros países para beneficiar a sus propias economías y corporaciones; los que albergan la mayor concentración de consumo del mundo -, han robado a las partes explotadas del mundo. Específicamente: les han robado el camino hacia el aumento del bienestar a través del crecimiento económico. La hipótesis del umbral en contracción significa que el coste de aumentar el PIB se vuelve más alto para cada nuevo país que llega allí. No hay esperanza para el sur global, que constituye la mayor parte del mundo. Nosotros, los que estamos en el norte global, les hemos quitado la posibilidad de un crecimiento económico de bajo costo. Nuestro planeta ya no puede sostenerlo. Si existe alguna posibilidad de que podamos sobrevivir como especie y que el bienestar pueda mejorar significativamente en las partes del mundo donde prevalece la miseria material, no sucederá a través del crecimiento económico en esas partes del mundo ni a través de una mayor expansión económica en el norte global. Solo podría suceder mediante el traslado de recursos al sur global después de siglos de robo, y aprendiendo, por fin, todos nosotros, a cambiar nuestra relación con el consumo, donde sea que estemos en términos de nuestros patrones de consumo.

Vida, muerte y ser humanos

Ahora puedo volver a la bifurcación en el camino que presenté anteriormente: elegir entre las necesidades y la economía, y mirar la extinción directamente a la cara.

Mi sensación no científica es que ahora se habla de la posibilidad de la extinción humana con más frecuencia que antes. Quizás este también sea uno de los complejos regalos del Coronavirus: aunque la pandemia, por sí sola, no es una amenaza para la existencia humana, el miedo que invoca y la intensidad de las medidas tomadas en respuesta, que solo aumentaron el miedo, han sensibilizado a los seres humanos sobre la precariedad de la continuidad de nuestra existencia. Paradójica y trágicamente, veo en nuestro esfuerzo colectivo y concertado para separarnos de esa vulnerabilidad una clave para entender lo que considero el giro patriarcal y su actual encarnación moderna y neoliberal.

En los años de leer, pensar y escribir sobre el patriarcado, lo he estado viendo cada vez más a través del lente de la relación entre los seres humanos y la vida, y cada vez menos a través del lente del género. Ahora veo el patriarcado, en gran parte, como una expresión de una profunda y traumática pérdida de confianza en el fluir de la vida que resulta en el intento de controlarla, tanto alrededor como dentro de nosotros.

El control, invariablemente, significa el uso de la fuerza. En particular, conduce a lo siguiente:

- Obligar a la tierra a producir para beneficio humano (agricultura), en lugar de comprometerse con la tierra en reverencia y entrega (prácticas indígenas, cultivo pre-patriarcal o permacultura);
- Obligar a los niños a renunciar a sus necesidades, especialmente las necesidades de libertad, como el coste a cambio de aceptación y seguridad (vea mi artículo extenso sobre este tema), en lugar de comprometerse con los niños como lo haríamos con las plantas: dándoles lo que necesitan para florecer plenamente;
- Incluido en esto, obligar a los niños y niñas a asumir roles de género rígidos que disminuyen la humanidad plena de todos, enfrentar a los hombres contra sí mismos y contra las mujeres, dando como resultado inmensas diferencias de poder y violencia contra las mujeres - en lugar de seguir lo que ahora considero el principio de la maternidad colectiva como plena orientación a las necesidades de todos, y de ahí seguir a las madres en el cuidado del conjunto; una vida en la que mujeres, hombres y niños fueran cuidados y libres;
- Obligar a la tierra a darnos más de lo que puede ser regenerado (citando del sitio web Ecological Footprint: "Hoy la humanidad usa el equivalente a 1.6 Tierras para proporcionar los recursos que usamos y absorber nuestros desechos. Esto significa que ahora la Tierra tarda un año y ocho meses para regenerar lo que usamos en un año").

Si te estás preguntando qué tiene todo esto que ver con la pandemia o con la economía, aquí están las piezas que estoy encajando.

Durante los días en que escribía este artículo, hice un pequeño viaje a algunas zonas exquisitamente hermosas de Escocia, donde he estado viviendo durante los últimos seis meses. En un momento miré por la ventana y vi dos cuervos en un trozo de hierba. Estaban saltando, libres de cualquier condicionamiento, como entiendo que es

la mayor parte de la vida. Me asaltaron dos pensamientos que surgieron rápidamente. El primero fue darse cuenta de lo libres que eran y de lo mucho que esa libertad estaba entrelazada con la vulnerabilidad y el riesgo: en cualquier momento, podrían no encontrar suficiente comida o podrían convertirse en la comida de otro. Aquí está la incertidumbre inherente a la vida, justo ahí, cruda, elemental. No puedo imaginarme a ningún ser vivo renunciando a esta libertad, a su naturaleza salvaje, por nada, excepto en condiciones de trauma extremo o por coerción.

Entonces vino el segundo pensamiento, el reconocimiento de que este trueque es precisamente lo que hicieron nuestros ancestros lejanos: una imposición de la domesticación sobre nosotros mismos y la vida que nos rodea en nombre de la previsibilidad, el control y la seguridad ilusorias, de los que nunca podremos tener suficiente. De alguna manera, ver estos dos cuervos, un momento casi por azar, me dio una claridad visceral de lo glorioso y expansivo que es vivir salvaje y libremente, incluso sabiendo muy bien, en cada célula del cuerpo aunque sea de forma no consciente, que viene con la certeza de la muerte, y posiblemente incluso la muerte que proviene del choque con otras vidas. También me dio la claridad de lo terrible que fue el trato patriarcal para nosotros, tanto para quienes lo impusieron como para quienes les vino impuesto.

Con ese trato comenzó nuestra lucha Sisífeas y peligrosa contra la vida: todo se convierte en un instrumento u obstáculo para los deseos humanos. Lo que puede ser un instrumento para mantener la vida y el control humanos: la tierra, el agua, ciertas plantas, ciertos animales, ciertos minerales, debe ser domesticado y controlado. Lo que se considera un obstáculo para la dominación humana: los depredadores grandes y pequeños, las malas hierbas y algunas otras plantas, deben ser aniquilados o eliminados.

Esto es nada menos que jugar a ser dios. Y lo hemos estado haciendo durante varios miles de años, y sin tener en cuenta la realidad de que no sabemos lo que se necesita saber para jugar a ser dios: la interrelación de todas las cosas. No hemos tenido en cuenta la realidad de que al eliminar más y más depredadores, hemos eliminado una forma en que la vida mantiene a las poblaciones dentro de la capacidad ecológica. No hemos asumido que al hacer que más y más bebés sean viables cada vez más temprano en términos de cuándo nacen, y más y más enfermos en términos de cómo nacen, estamos eliminando otra forma en que la vida organiza los ecosistemas. Hemos extendido nuestra esperanza de vida, en casi todas partes (aunque la tendencia está revirtiendo ligeramente en algunos de los países ricos), y seguimos interfiriendo con la vida, haciendo que más niños y adultos sean capaces de seguir viviendo a pesar de condiciones que de otro modo conducirían a una muerte natural.

Hemos llegado a ver la muerte como un fracaso más que como una parte orgánica de la vida. Y así hemos creado un crecimiento exponencial en nuestra población que es un factor clave de nuestra potencial extinción.

Y entra en escena el Coronavirus, de algún modo claramente nuestro propio producto, emergiendo de nuestra insistencia en domesticar, controlar y explotar todos los restantes lugares del planeta. Aunque no fuera así, sí que lo es nuestra respuesta colectiva y global a esta situación, siendo en sí misma una versión extrema de la incapacidad misma para enfrentar nuestra colectiva e irreductible condición de mortalidad.

Nos ha resultado difícil a nivel colectivo aceptar que ninguna de nuestras formas de protegernos, ninguno de los artículos que consumimos, ninguno de los muros que erigimos, ninguno de los privilegios que algunos de nosotros podamos tener son capaces de detener a una pequeña criatura para quien nada de esto tiene ningún significado. Como toda la vida, avanza con sus propios designios, ajena a su papel de ser potencialmente el catalizador para derribar toda nuestra civilización, instigando el colapso o el realineamiento masivo con la vida. Para empezar, nos pone de rodillas, desafiando lo que Jane Clare Jones llama [La idea de la inmunidad](#): "¿Dónde encajan nuestras necesidades materiales básicas, nuestra fragilidad animal, nuestra porosidad a la penetración de partículas diminutas y letales dentro de un sueño de inmunidad inexpugnable?" Como complicado portador de regalos envuelto en sufrimiento y desafíos, el Coronavirus nos está devolviendo nuestra vulnerabilidad, nuestra mortalidad y la posibilidad de rendirnos a la vida y a la muerte cuando no se han cruzado todavía todos los límites de la capacidad de carga de la tierra. Actualmente, se estima que hemos atravesado cuatro de nueve de éstos en tan solo el último par de décadas. Una fuente, el Centro de Resiliencia de Estocolmo, publicó un [informe](#) actualizado en 2015 que nombra a los cuatro como "cambio climático, pérdida de integridad de la biosfera, cambio del sistema terrestre, ciclos biogeoquímicos alterados (fósforo y nitrógeno)", y los dos primeros se consideran límites centrales que tienen la capacidad de "impulsar el sistema terrestre a un nuevo estado".

Reducir el consumo tiene mucho que ver con esto. Individualmente, ni necesitamos todo lo que consumimos, ni nuestro consumo nos sirve como promecía. Colectivamente, o volvemos a poner las necesidades en el centro y renovamos todo lo que creíamos saber sobre economía, o seguimos marchando hacia la extinción.

¿Y ahora qué?

En este momento, mientras la pandemia continúa y tal vez llegue una segunda ola (quizás dándonos, colectivamente, una segunda oportunidad para crear cambios de comportamiento globales), muchos continúan presionando para volver a la normalidad, lo antes posible, y continuar extrayendo hasta la última gota que podamos de nuestra madre para el beneficio a corto plazo de cada vez menos personas, a costa de todos nosotros y de la vida misma.

¿Existe alguna alternativa? Desde los años 80, nos han dicho que no la hay.

Manfred Max-Neef, formado en la misma economía clásica que Milton Friedman, dedicó la mayor parte del trabajo de su vida a practicar, documentar, teorizar, inspirar y abogar por una alternativa clara que llamó "Desarrollo a escala humana". En el artículo que he citado, expone y desacredita, con el tipo de datos que a los economistas les gusta tener, cinco mitos que subyacen al paradigma actual. Luego propone un nuevo enfoque, una nueva economía, basada en cinco postulados que ponen en el centro las necesidades humanas y los límites planetarios. Los detalles, claramente, van más allá de lo que puedo cubrir en este artículo. Y, verdaderamente, su artículo está tan condensado, que no lo podría resumir; tendría que citar grandes partes para que quede claro, y espero que muchos lectores lo busquen y lo lean. A diferencia de muchos artículos sobre economía, lo encontré simple, claro y accesible, quizás porque habla un lenguaje humano y no abstracciones basadas en supuestos que ignoran las realidades de la vida y sus límites.

La única pieza que quiero citar, porque señala el camino a lo que podemos hacer - cualquiera de nosotros, a cualquier escala en la que operemos y tengamos influencia - es su principio de valor para la nueva economía: "Ningún interés económico, bajo ninguna circunstancia, puede estar por encima de la reverencia por la vida ". (Max-Neef, "Curso de colisión", p. 204)

Esto significa que todo: la producción, la distribución, el consumo y la eliminación de desechos, tendrían que repensarse, volver a planificarse, rehacerse. Hemos creado una máquina que nos han dicho que no se puede detener. Pero se detuvo. Nos han dicho que necesitamos todo lo que consumimos, y cada vez más. No es así. Hemos puesto la economía, los números, el control y las ganancias por encima de la vida. Nuestra clave para cambiar las cosas, si no es demasiado tarde, es poner la vida, y las necesidades humanas en particular, en el centro. Max-Neef, como Marshall Rosenberg, separó las necesidades - simples, básicas, universales - de lo que llamó satisfactores y lo que Marshall llamó estrategias (con algunas diferencias importantes que van más allá del enfoque actual). Ahí radica nuestra capacidad para restaurar nuestro lugar en la familia de la vida.

Si bien la posibilidad de detener nuestra extinción no está, principalmente, en nuestras manos individuales, si las cosas cambian, cada uno de nosotros, individualmente, tendremos que cambiar nuestras propias vidas individuales para alinearnos con el cambio global necesario. Nada nos impide empezar ahora, donde quiera que estemos. Esto significa volver a abrazar nuestras necesidades, todas las cuales son finitas, todas las cuales pueden satisfacerse con mucho menos consumo del que se está dando ahora. Significa, también, aceptar la muerte, la finitud, la vulnerabilidad, la enfermedad, el malestar y, con todo ello, la vida.

[1] Quiero agradecer tanto a Melissa Pai Ling como a Yaren Köse por su investigación en preparación para escribir esta parte del artículo. Si alguien tiene una necesidad específica de ver los detalles y referencias, contáctenos y se lo podemos proporcionar.

[2] Manfred Max-Neef, "Economic Growth and Quality of Life: A Threshold Hypothesis", *Ecological Economics*, 15 (1995), 115-118.

[3] Desde entonces, se han desarrollado varios otros indicadores del bienestar humano, en niveles que van desde los índices de las ciudades hasta los de los países.

[4] Manfred Max-Neef, "The World on a Collision Course and the Need for a New Economy", *AMBIO* (2010) 39:200–210.

[5] Apareció en *Ecological Economics* 69 (2010) 2213-2223, y se encuentra fácilmente en la web.